



POSITIVO PARA VIH, INDETECTABLE PARA LA SOCIEDAD

Todo comenzó con una fiebre y dolor en el cuerpo, la culpa se la di al cambio de clima, acabada de llegar de un frío invierno en Estados Unidos al calor intenso, característico de mi ciudad natal Barranquilla. En plenos carnavales, los fiestas, los ríos de gente en una ciudad golpeada por un implacable sol con casi 40 grados de temperatura, mi cuerpo reaccionó manifestando escalofrío y fiebre; la verdad lo vi como algo normal.

Con el pasar de los días me sentía mucho peor, hasta que una noche no soporté más, ya había llegado a mi apartamento de Bogotá, dejé mi maleta y pedí un taxi con dirección a mi EPS, allí me hospitalizaron, me suministraron líquidos y me practicaron una serie de exámenes de laboratorio. Dos días después el médico se me acercó y me dio la noticia.

- Lo siento Carlos pero uno de tus exámenes dio positivo para VIH

En ese momento pensé que me moriría antes de los 30, pensé en la vengueza que le causaría a mi familia, pensé en los errores cometidos en el pasado, me justificaba repitiéndome una y otra vez, la siempre trillada frase:

- Ya siempre me cuida, ¿por qué a mí?

Carlos es un gran amigo de la Universidad, hoy me ha invitado a un Juan Valdez a compartir un café en una finca tarde Bogotána; hace mucho no nos vemos y ya nos hace falta contarnos lo que en los últimos años ha pasado en nuestras vidas. Mientras le cuento mis anécdotas en Europa y mis expectativas de regresar a Colombia, buscar un buen trabajo y hacer una vida, veo que Carlos me mira atento y pensativo, no es el Carlos de siempre, presento que algo le pasa. Esperé paciente y atento a que terminara mis historias pintorescas, sonriendo tímidamente cuando le contaba con detalles mis aventuras en el viejo continente. Hasta que llegó su turno, tomó un sorbo de su café descafeinado con dos de azúcar y con su acento característico me dijo:

- Amigo, ¡tengo VIH – me dijo, mientras de uno de sus ojos tímidamente se escapaba una lágrima.

Tengo 26 años, soy el cuarto hijo de una familia costeña de clase media, desde niño soñaba con ser una reconocida estrella de cine o un famoso cantante; tuve clases de piano desde los 4 años, participaba en todas las obras de teatro de la época del Colegio. De mi ciudad siempre me molestó el

comportamiento machista de la sociedad, los hombres sólo hablaban de mujeres, rumba y sexo; tal vez fue por esto que decidí buscar mi formación profesional fuera de Barranquilla: Viajé a Cali en el '96, a casa de una flia. viuda y pensadora que vivía cómodamente en un modesto barrio al sur de Cali, rodeada de sus recuerdos fotográficos, de sus canarios y un perro que era su adoración.

Mi flia conocía mucha gente de la política de la ciudad y fue gracias a un viejo conocido amigo de ella que me recomendó matricularme en alguna carrera política o administrativa en una universidad privada de Cali. Por fortuna no la hice y terminé matriculado en una carrera relacionada con la comunicación, no porque buscara ser una figura reconocida, lo hice más por, como siempre, querer llevarle la contraria a mi familia y hacer lo que he querido.

Siempre fui un adolescente extrovertido, dicharachero y entrador, algunos dirán que el "típico costeño" siempre tuve una buena comunicación con mis padres y con mis hermanos, fue así como a los 15 años de edad, en una cena de navidad, sin que ninguna se la esperara les dije:

- Papá, mamá, hermanos, debo confesarles que soy gay – todos me miraron desconcertados.

Al principio mis padres pensaron que esa afirmación hacía parte de mi exploración sexual, pero con el tiempo se dieron cuenta que aunque sexualmente no había explorado nada, sí era verdad que mis gustos se daban hacia las personas de mi mismo sexo. Con el tiempo lo entendieron y lo aceptaron, al igual que mis hermanos, aunque en ninguna cena, ni reunión familiar se volvió a tocar el tema.

Cuando llegué a Cali tenía 18 años de edad, toda una vida por delante, muchas experiencias por vivir, muchos amores por conocer y mucho sexo por tener. Hasta esa edad sólo había tenido un par de encuentros "sexuales" con un compañero del colegio, pero nada que pasara de un beso y una caricia; mi virginidad la perdí en Cali, con un muchacho de Manizales que estudiaba Administración en mi misma universidad, los dos siempre coincidíamos en los días camino a mi casa y poco a poco nos hicimos amigos, hasta que se hizo evidente que entre los dos había un gusto físico.

Él tenía unos 5 años más que yo, trabajaba en las tardes en una tienda deportiva en un reconocido centro comercial de la ciudad. La verdad de ese muchacho no me enamoró, sólo me despertaba esas bajas pasiones propias de nosotros los homosexuales. Fue con él, una noche después de invitarme a cine que me llevó a su apartamento y allí dimos rienda suelta a nuestros deseos y placeres carnales. No puedo negar que



fue una bonita noche, el país esta fue muy cuidadoso con mi inexperiencia, haciéndome el amor de una manera apasionada pero segura.

Con el tiempo mi círculo de amigos empezó a crecer y poco a poco me fui acercando al mundo y a las experiencias propias de un joven homosexual; empecé a cuidar mi cuerpo, a ir sagradamente cinco veces por semana al gimnasio, a vestirme bien, con ropa de marca, a ir de rumba cada fin de semana a las discotecas gays más reconocidas de la ciudad, a tener amigos que me llamaban, que me "tiraban los perros" a crear perfiles en internet para conocer más y más amigos de mi misma condición; tenía amigos en toda Colombia, también en Venezuela, en Miami, en España y hasta en la China.

Siempre se ha dicho que los hombres homosexuales se caracterizan por ser hedonistas, promiscuos y amanetados; la verdad en mí sólo se cumplía el hedonismo, para mí era una prioridad el culto al cuerpo, por lo demás era un joven "normal", buen conversador, inteligente, educado, muy hombre. Mi único "defecto" era el sexo, no por ser promiscuo, pero sí por disfrutar de él al máximo; tuve muchos novios, amantes, amigos, vaciones y finkeños. Tuve mucho sexo: En apartamentos, en moteles, en sitios públicos, en carros, en playas, en ascensores, en baños, en saunas y videos; pero siempre recuerdo que lo hacía con responsabilidad, siempre me protegía y exigía lo mismo; siempre fui consciente que las estadísticas demostraban que el contagio de VIH afectaba más a la comunidad homosexual; además entre mi círculo de amigos era una prioridad el "tirar con condón"

No sé en qué momento empecé a romper mis reglas, detrás del primer encuentro sin protección, vino el segundo, el tercero y así, sin darme cuenta, me dejé llevar por la pasión, por el sexo desenfrenado y el placer. Tristemente hoy no podría decir quién me contagió; pudo ser en Cali, en los Carnavales de mi natal Barranquilla, en mis viajes a Bogotá o en mis vacaciones en Estados Unidos. Pudo ser el instructor del gimnasio, el amigo de un amigo, el cubano manager de un hotel en Miami, el turista europeo en los eventos de trabajo fuera del país, el piloto de avión, mi pareja de ese momento. A mis 26 años había tenido tantos encuentros sexuales que me era difícil saber quién habría podido ser.

Me veía tan sano, tan fuerte, pocas veces me enfermaba, aunque fuera de una gripe, y esto me hacía pensar que no me pasaría a mí, porque los hombres con los que tenía relaciones eran saludables, de buen físico, atractivos e inteligentes; ejecutivos, profesionales, artistas famosos, deportistas. Siempre que tenía una relación sexual sin protección me justificaba diciéndome

- ¡No, ese man estaba sano! **Continúa en la página 30**



Luego de recibir mi título profesional tuve una interesante oferta de trabajo en Bogotá, me fui a vivir a la capital. Actualmente trabajo en un reconocido canal privado de televisión nacional como productor, vivo en un apartamento al norte de la ciudad; he logrado todo lo que un joven colombiano de clase media sueña: ejercer su profesión, tener un reconocimiento social, una cuenta corriente, tarjetas de crédito, un apartamento, viajes, un carro... ¡una vida perfecta!

Me enamoré varias veces y tuve dos o tres relaciones estables, intenté tener una vida en pareja, pero en este "mundo gay" es muy difícil, a veces fallaba yo, a veces fallaba él, pero la constante era los repetidos encuentros sexuales con jóvenes apuestos: repito, creo que no podría tener una cita de con cuántos hombres me he acostado, y lo peor, de con cuántos no me protegí.

Ya en mi apartamento y con los exámenes de confirmación del diagnóstico, pensé que mi vida se había terminado, que de nada servía tratar de buscar quién fue la persona que me contagió, aquí el culpable era yo, sin pensarlo y de una manera irresponsable empecé a tener una sexualidad igualmente irresponsable. Me avergonzaba de mí mismo, pensé en dejar todo: mi trabajo, mi familia, mis amigos y hasta mi vida misma.

- ¡Si hoy tengo VIH es por mí culpable! - me decía una y otra vez.

La confesión de Carlos me sorprendió mucho, lo primero que pensé es que no era justo que un hombre tan atractivo, tan brillante e inteligente como él le pasara eso, a medida que Carlos me contaba con detalle su vida desde 1996, pensaba que no es una vida muy distinta a la de muchos: que algunos de nosotros, homosexuales, bisexuales o heterosexuales, repetidamente cometamos esos mismos errores, en menor o mayor proporción, pero que para el VIH-SIDA basta sólo con un descuido para contagiarnos.

Desde entonces he apoyado a Carlos en su inicio con el tratamiento médico y retroviral, en ocasiones lo he acompañado a las citas con la psicóloga, me he interesado por el tema, por saber que por fortuna hoy en día el diagnóstico de VIH no es tan mortal como en el pasado, algunas personas portadoras del virus VIH-SIDA, logran tener una vida normal.

Carlos ha cambiado sus hábitos de vida, entre ellos el tener ahora una sexualidad responsable, porque sabe que no puede contagiar a aquellos, que como él pensaba, puedan ver una persona sana; sigue teniendo una que otro encuentro sexual, pero ahora con total responsabilidad.

Mi amigo es un profesional brillante, reconocido por su trabajo; sus hábitos alimenticios han cambiado, hace más deporte y poco trancho y toma licor, lleva una vida más tranquila, disfruta cada uno de sus días. Por fortuna ahora me cuenta que ha asumido el ser portador de VIH como una condición de vida. Cada seis meses asiste a sus controles y cada día toma su medicamento retroviral. Ayer me llamó para darme la grata noticia que sus niveles de virus en la sangre están indetectables y que goza de un estable sistema inmunológico.

- ¡Felicitaciones viejo Carlos! - le dije mientras le daba un fuerte abrazo propio de los mejores amigos.

Pero lo que más me alegra es que su historia de vida sirve para compartirla a

muchos jóvenes que, como Carlos, pueden ser portadores del virus y pensar que esta enfermedad los llevará súbitamente a la muerte. También su historia puede ser un espejo para que los jóvenes tomen conciencia y cambien el pensamiento que tienen sobre los portadores de VIH, pensando que a ellos no los afectará nunca, o que es una condición exclusiva de los gays, travestis, drogadictos o prostitutas.

Carlos es hoy un hombre de 34 años; han pasado ocho años luego del saber que es portador del virus y sigue siendo un profesional reconocido, con una vida plena, es todavía ese coque atractivo para muchos, alegre, dicharochero y buen amigo. Disfruta de la vida, ahora con otros ojos y prioridades, comparte momentos alegres con sus amigos y su familia. Ha asumido su condición con madurez, responsabilidad e inteligencia. Sabe que el ser portador del VIH no lo matará mañana.

Hoy me atrevo a contar su historia para que los jóvenes de este nuevo siglo generen conciencia sobre la importancia de tener una sexualidad responsable, de pensar que la sexualidad del ser humano es maravillosa, pero es más maravillosa aún cuando se asume con responsabilidad; de no estigmatizar el VIH-SIDA como algo que no nos toca. Creo que hoy por fortuna se ha avanzado mucho y no es considerada una enfermedad mortal, como lo era en el pasado. Sin embargo cada vez más aumentan las estadísticas de personas contagiadas con el virus, por eso no debemos pensar que somos ajenos a esta realidad.

